

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

Separata del libro:

“LA IGLESIA Y SU MISTERIO”

NOTA.- Podría existir algún salto en la numeración por la eliminación de páginas en blanco en esta edición electrónica.

Con licencia del arzobispado de Madrid

© 1991 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.

I.S.B.N.: 84-86724-01-5

Depósito Legal: M. 38.253-1991

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID – 28006 ROMA – 00149

C/. Velázquez, 88 Via Vigna due Torri, 90

Tel. 91. 435 41 45 Tel. 06.551 46 44

E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

LA ORACIÓN ES OMNIPOTENTE

Dios vive su vida en la plenitud apretada de su infinita perfección. Tiene en sí todo cuanto pudiera apetecer. No necesita nada para ser y tener cuanto es y cuanto tiene, porque es lo que puede ser y tiene cuanto puede tener, a pesar de poder ser y tener todo en infinitud.

El hombre es lo que Dios ha querido que sea, y tiene cuanto Dios ha querido darle. Dios quiso crearle para que fuera imagen de su infinita perfección y para que le poseyera por gracia en cuanto es y tiene.

Todo lo que Dios es, en Él es realidad infinita por su adhesión a sí mismo. El hombre es imagen de Dios y le posee en la medida que a Él se adhiere.

Por eso, para llenar la plenitud de su ser y de su obrar, el hombre ha de tender irresistiblemente hacia Dios, único fin para el que fue creado, y cuando esto hace, vive en el encajamiento

de su realidad, es feliz y da sentido perfecto a todo su ser y actuar. Por lo que un hombre que no tiende hacia Dios, es un ser deforme en la creación, fuera de su centro y desencajado de su fin; es un ser extraño.

Por eso, cuando el pecado nos separó de Dios y nos sacó de nuestro centro, lanzándonos por derroteros que nos alejaban del Sumo Bien, Dios mismo, ante tal desconcierto, determinó, en un derramamiento de amor y de misericordia hacia nosotros, hacerse Hombre, para, como Camino, conducirnos nuevamente a su Vida por medio de la Verdad de su enseñanza. Y para que todo cuanto deseaba se convirtiera en realidad, nos injertó en Él, haciéndonos una cosa consigo mismo en la persona del Verbo Encarnado, reencajándonos en su plan infinito y haciéndonos vivir en Él y hacia Él, según su designio amoroso al crearnos.

Pero, al incorporarnos a su plan de redención, quiso asociarnos a sí, de manera que su voluntad sobre nosotros se realizara a través de nuestra colaboración y adhesión a Él como Sumo y Único Bien.

Dios se nos da total e incondicionalmente, nos descubre y manifiesta la realidad infinita de su ser y de su obrar, y nos pide nuestra respuesta libre y personal a la donación infinita de su entrega. Nos invita a seguirle, haciéndose Él mismo para nosotros el Camino sugestivo de la felicidad que nos conduce a su Vida. No nos

obliga; nos invita generosamente a la plenitud de su posesión, y exige nuestra colaboración para llegar a conseguirle como Sumo Bien, para el cual hemos sido creados.

Fue plan de Dios llevarnos a Él, al crearnos a su imagen y semejanza; es plan de Dios incorporarnos a Él por medio de la redención; y es plan de Dios —que Él voluntariamente respeta— que su donación infinita sea recibida a través de nuestra colaboración, y por eso se nos da incondicionalmente, pero en la medida en que nos dispongamos a recibirle.

¡Qué haría en nosotros y con nosotros si nos abriéramos a su acción santificadora...! ¡Qué plenitud de dicha y de felicidad la de nuestra posesión...! ¡Qué anchurosidades de horizontes se nos descubrirían en los torrenciales manantiales de las Eternas Fuentes...! Pero no todos nos saciaríamos de las Aguas, sino el que se pone a recibir de sus infinitas corrientes y en la medida que se abre a sus afluentes inagotables.

¡Cuánto tiene Dios preparado para nosotros, y, a veces, qué poco recibimos, por no saber o no querer prepararnos ante el paso de su amor eterno...! Nos creó y nos redimió para que fuéramos semejantes a Él, y para que viviéramos en la compañía hogareña de su Familia Divina, pero por medio de un “sí” de colaboración a su entrega

amorosa. ¡Cuántas cosas quiere darnos...! ¡Cuántos bienes espirituales e incluso materiales que, por falta de nuestra colaboración, se quedan en el querer divino sin convertirse en realidad...!

“Todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre os lo concederé”. ¡Todo! Dando tal fuerza a nuestra oración, que somos omnipotentes ante el Padre.

¿Por qué no conseguimos entonces casi nada? Porque no pedimos como debemos; y por eso nuestra vida se hace infructuosa y nuestros ruegos estériles.

Dios tiene innumerables gracias colgadas de nuestras peticiones, ya que, al injertarnos en Él, nos dio un sacerdocio capaz de arrancar los tesoros infinitos de su pecho, en derramamiento para todos los hombres; y, en el ejercicio de este sacerdocio, nos hacemos fecundos y vitalizadores dentro de la Iglesia. Sacerdocio misterioso que repleta nuestras vidas en la plenitud de la posesión de Cristo, frente a Dios y frente a los hombres. En la medida que tenemos a Dios, lo comunicamos a través de nuestro sacerdocio místico vivido “entre el vestíbulo y el altar”.

¡Qué manantial de gracias, de dones, de frutos y de riquezas tiene el Padre contenido en el volcán de su seno, esperando de nuestra oración sencilla, cálida y familiar, para derramarse en frutos de vida eterna...! ¡Qué grande, qué omnipotente, qué poderoso es un hombre orando a los pies del Sagrario...! Tanto que, ante él, el

Cielo se abre para volcarse sobre la humanidad. Éste es el misterio de la Eucaristía: la espera amorosa e incondicional del Amor Infinito buscando los corazones sencillos para entregárselos totalmente.

¡Qué grande es orar y qué pocos lo descubren...! Y por eso, cuántas gracias contenidas y cuánta voluntad divina sin cumplir entre los hombres.

Por lo que, en las épocas de la Iglesia en que los cristianos oran más, su irradiación apostólica es más sobrenatural, más segura, más extensiva, más fructífera, ya que todo cuanto pidamos al Padre en nombre de Jesús se nos concede. En nombre de Jesús, o sea, según Jesús, según su plan eterno y sobrenatural, que ha querido asociarnos a su donación infinita para con nosotros mismos por medio de la oración.

Dios determinó, en su plan eterno, darnos cuantas gracias necesitáramos en común y en privado en el seno de la Iglesia. Y nos las dio; pero quiso que fuéramos a buscarlas con espíritu contrito y corazón sincero, por lo que, si no las buscamos, no las encontramos y las perdemos.

Quiso también concedernos todo cuanto le pidiéramos, y sometió a nuestra oración innumerables dones que le serían arrancados en la medida de nuestra petición. Cuando no oramos, los perdemos. Y por eso, ¡cuántas gracias perdidas...!, ¡cuántas cosas que Dios quiere conce-

dernos por medio de nuestra petición, y por no pedírselas, no las alcanzamos...!

Yo hoy he comprendido de una manera nueva, en una ráfaga pequeñita de luz, en una penetración aguda de esta verdad en mi entendimiento, que cuando las cosas marchan mal, normalmente es porque, al no volvernos a Dios, no hacemos lo que tenemos que hacer y no conseguimos lo que tenemos que conseguir; ya que, en la oración, no sólo se aprende lo que hay que hacer y se consigue lo que hay que conseguir, sino que se esclarece el entendimiento en el descubrimiento de los planes de Dios y de su voluntad para todos y cada uno de nosotros.

¡Qué sencillamente he comprendido hoy y con qué seguridad he visto el corazón infinito de nuestro Padre lleno de gracias, de dones, de frutos, esperando que le sean arrancados por nosotros para la llenura de nuestro ser y actuar, en relación con nosotros mismos y con los demás...! ¡Cuántas gracias perdidas...!

A los pies del Sagrario es donde se aprende a ser lo que tenemos que ser y a hacer lo que tenemos que hacer. Ante las puertas del Sagrario surge la vocación a la virginidad, al sacerdocio, florece la vida misionera y se llena de impulso nuestro corazón, de luz nuestro entendimiento,

de fuerza nuestro actuar, para realizar los planes divinos con alegría y seguridad.

Por eso, cuando el hombre pierde su contacto con Dios, único fin para el cual fue creado, deja de ser lo que tiene que ser, y, actuando en consecuencia, hace lo que no debe hacer, o como no debe. Entonces, no surgen vocaciones, la vida misionera languidece, el humanismo se apodera de los corazones y el confucionismo nos invade. Porque ¿dónde encontrará la criatura el verdadero sentido de su ser y de su obrar con la auténtica sabiduría que ilumine su existencia, si pierde el contacto con el que es la Luz de sus ojos y el Camino de su peregrinar?

¡Qué pacífica, qué dulce y qué serenamente he comprendido hoy que el corazón de Dios no cambia! Está lleno de eternas misericordias, ardiendo en ansias infinitas de derramarse en torrentes de luz amorosa sobre nosotros, en nuestro ser y nuestro actuar; pero espera la tendencia sencilla de nuestras vidas hacia Él, la petición clamorosa de nuestras oraciones para volcarse concediéndonos todo aquello que, en nombre de Jesús, le pidamos.

También he comprendido que, si no se lo pedimos, no nos lo concede; descubriendo el porqué de la situación pavorosa en que nos encontramos los miembros de la Iglesia.

Ha conseguido el Maligno separar a los hijos de Dios del contacto con su Padre, ha conseguido quitar importancia a los sacramentos, está con-

siguiendo dejar los Sagrarios vacíos con el mito de poner al hombre en lugar de Dios, relegando a Dios, por lo tanto, a un segundo plano hasta hacerlo desaparecer del corazón del hombre.

¡Qué grande, qué omnipotente es la fuerza avasalladora de un alma sencilla que implora adorante el derramamiento del Amor Infinito sobre la humanidad...! A los pies del Sagrario se llena el fin para el que hemos sido creados, siendo lo que tenemos que ser y haciendo lo que tenemos que hacer con relación a nosotros y a los demás; pues conseguimos para los demás y para nosotros mismos cuanto pedimos, alcanzando el hacernos semejantes a Cristo, protector del huérfano y de la viuda, donador de amores, Padre de la verdadera justicia, Camino seguro que nos conduce a la verdadera y auténtica felicidad.

¡Qué grande es orar...! Tanto, que cuando oro, lleno plenamente las dimensiones incalculables de mi ser y de mi obrar, realizando el plan infinito de Dios al crearme para ser imagen y semejanza suya y para hacer, por adhesión y participación de su voluntad infinita, lo que Él hace.

¡Qué grande es orar...! Porque orar es estar con Dios. Y ¿puede haber cosa más grande para la criatura que ponerse en contacto con su Creador?

“Maestro, muéstranos al Padre y esto nos basta”. “El que me ve a mí ve al Padre”, “porque

el Padre y Yo somos una misma cosa". Jesús, yo quiero estar contigo para estar con el Padre en el amor mutuo e infinito del Espíritu Santo, siendo lo que tengo que ser y haciendo lo que tengo que hacer, llenando así la plenitud de mi ser y de mi obrar, en el encajamiento perfecto de tus planes sobre mí, dentro del seno de la Iglesia.

Yo soy Iglesia, y, en función de mi sacerdocio, necesito estar "entre el vestíbulo y el altar", recibiendo al Infinito para comunicarlo a los hombres, y recogiendo a la humanidad para presentarme ante Dios con toda ella, implorando, con petición sencilla y amorosa, el derramamiento de su voluntad sobre todos y cada uno de sus hijos.

¡Qué grande es un hombre cuando ora...! Tanto, que se hace poderoso con el poder de Dios, siendo capaz de vivir y ser, por participación, lo que Dios es y vive en el acompañamiento de su serse Familia.

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

Separata del libro:

“FRUTOS DE ORACIÓN”
Retazos de un Diario

NOTA.- Podría existir algún salto en la numeración por la eliminación de páginas en blanco en esta edición electrónica.

Con licencia del Obispado de Sigüenza-Guadalajara

© 1979 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.

I.S.B.N.: 84-300-1855-7

Depósito Legal: M-40.644-1979

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID – 28006 ROMA – 00149

C/. Velázquez, 88 Via Vigna due Torri, 90

Tel. 91. 435 41 45 Tel. 06.551 46 44

E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

EN EL SAGRARIO ESTÁ EL SER

888. La sabiduría infinita del Padre, en delecto amoroso, es dicha en su seno por el Verbo; y esa misma sabiduría está encerrada en el sagrario bajo las especies de un pedacito de pan, en delecto viviente de amor eterno. (14-9-74)

889. Estoy mirando a Dios oculto en un sagrario; por pedestal, una mesa de madera, dos floreros, un paño de altar, un conopeo... ¡Qué tosco es todo! ¡Qué pobre...! Pero ahí y así está Dios, porque es amor. (18-2-65)

890. Descanso cuando adoro; pues, al ponerme ante Jesús Sacramentado, es tanta la majestad que apercibo, que a veces no me atrevo a acercarme al sagrario, pues, a pesar de ser el Amor Infinito, es también la Majestad Soberana. (27-9-74)

891. ¡Qué fuertemente y qué hondo se siente a Dios junto al sagrario, donde el Espíritu Santo se hace tan palpitante en cercanía amorosa! (11-3-75)

892. Las puertas del sagrario son las puertas del Paraíso, porque detrás de ellas se oculta el Eterno. Por eso, el alma que descubre a Jesús en el sagrario, se encuentra con el cielo. (17-2-73)

893. Ante el sagrario soy feliz, porque mi fe, saboreada en profundos silencios de oración sencilla, me ha hecho saber que las puertas del sagrario son los portones anchurosos de la Eternidad, a donde mi esperanza se lanza impelida por el amor infinito del Espíritu Santo, y donde el encuentro perfecto del Eterno Sol, en la luz de sus ojos, me

descubrirá para siempre, ¡para siempre!, el subyugante rostro de Dios. (14-9-74)

894. El sagrario es saboreo de Eternidad, cercanía del Padre y amor del Espíritu Santo. (22-12-74)

895. Al Amor le gusta estar con los que ama, y para eso se quedó en la Eucaristía; por ello, es necesario que amemos al Amor, estando grandes ratos con Él. (26-9-63)

896. Dios instituyó la Eucaristía para estar conmigo siempre. ¡El Amor es así! ¿Procuró yo estar con Él? En eso sabré cuánto y cómo le amo. (4-7-69)

897. ¡Qué bien se está en postración total y adoración profunda ante el Amor infinito que, por mi amor, se oculta en la apariencia de un pedacito de pan! (26-9-63)

898. Yo sé que Jesús está en la Eucaristía y me mira, y lo sé porque me lo dice la fe; y eso que la fe me dice, la esperanza me lo actualiza y la caridad me lo vivifica. (11-1-67)

899. Con Jesús en el sagrario, desahogando el corazón, ¡qué bien se está! Él sabe nuestras congojas y el porqué de nuestras lágrimas; por eso, besa al alma con ternura de misterio. (30-10-76)

900. Sólo descanso a las puertas del sagrario, poniendo en el pecho del que amo, los penares silenciados del secreto que en mí encierro. (17-12-76)

901. En esta vida hay algo en lo que tengo puestas todas las fuerzas de mi pobre peregrinar; algo que me mantiene sin pedir urgentemente marchar al cielo; algo que es todo para mí: ¡la Eucaristía! (22-6-74)

902. Sólo hay una cosa que yo cambiaría por mis mañanas de sagrario: la Eternidad. (7-5-76)

EL SILENCIO DE LA EUCARISTÍA

903. Ante el misterio de la Eucaristía, robada por el silencio de su secreto, sobrepasada de amor, adorante, respondo como puedo, a la donación infinita de tu amor. (17-10-72)

904. El silencio de la cruz es cántico de amor eterno a los hombres. Cristo dio la vida muriendo y se da como alimento en el silencio escalofriante de la Eucaristía. ¡Misterios que sólo sabe penetrar el hombre de fe en saboreos de Espíritu Santo! (6-1-75)

905. ¡Cuánto silencio el de la Eucaristía, y qué concierto de amor infinito encierra! (1-2-64)

906. La soledad silenciosa del sagrario es la explicación más expresiva del Amor Infinito desconocido y no recibido. (29-4-73)

907. El misterio silente de la Eucaristía en saboreo de cercanía de Jesús, es amor que pide amor de entrega en adoración retornativa. (22-12-74)

908. ¡Qué hondo y penetrante es el silencio del sagrario, que nos trasciende al silencio del Ser, donde Dios es infinitamente distinto y distante de todo lo de acá...! «Allí» el alma sedienta, descansa en la refrescura de sus inagotables manantiales, bebiendo en los chorros de su saboreable sabiduría amorosa. (11-12-74)

909. El concierto infinito del Eterno Silente se escucha tras las puertas del sagrario, cuando sólo

se busca dar descanso al Amor ultrajado por el desamor. (3-2-76)

910. Cuando me quedo en silencio, empiezo a perder todo lo de acá, y me siento introducir «allí» en una suavidad sagrada; y, poco a poco, comienzo a apercibir un silencioso concierto, que son voces del Eterno, en amor infinito de comunicación amorosa. (3-2-76)

911. Ante el secreto del sagrario apercibo el silencio del Ser, silencio que es sido por el Padre en una consustancial y amorosa Palabra. (26-12-74)

912. El alma amante sabe escuchar, sin ruido de acá, la expresiva e infinita Palabra, en el silencio de la blanca Hostia. (12-11-74)

913. El silencio del sagrario es secreto de misterio, que encierra, en las sombras y tras velos, al que Se Es. (18-10-74)

914. Necesito el misterio sagrado del silencio del sagrario, más que el ciervo sediento las aguas del cristalino arroyo, ya que sólo allí se apagará mi torturante sed. (9-3-77)

915. Vayamos al silencio de nuestros sagrarios, al de nuestros corazones, al silencio del seno de María y al silencio del pecho de Dios... Y «allí» sabremos el recóndito secreto del misterio de Cristo, en el cual se encierra Dios y el hombre, todo lo divino y creado, pues Cristo es la plenitud infinita y creada. (22-12-75)

916. Jesús y su criatura se miran, se aman... ¡qué bien se entienden sin nada decir, por tenerlo todo dicho el Verbo infinito en la penetración sapiental de su mirada sabida en saboreo de amor!
(12-11-74)

917. La soledad silente del sagrario me enloquece, ante el Amor Infinito en espera incansable de amor. (29-1-73)

918. ¡Qué misterio el del silencio del sagrario! Y ¡qué silencio tan profundo encierra el misterio de la Eucaristía...! (1-5-77)

EN EL SAGRARIO JESÚS TE ESPERA SIEMPRE

919. El secreto amoroso de Jesús en la Eucaristía, es esperar sin cansancio a la persona amada,

por si tal vez, algún día, viniera a buscarle.
(18-2-65)

920. El Amor Infinito no sabe de cansancios, de traiciones ni de olvido. El Amor es así... ¡jama!
(25-10-68)

921. Los años pasan, el mundo se altera, los hombres cambian, nacen y mueren... Jesús sigue igual, esperando en el sagrario sin cambiar ni alterarse. El Amor Infinito es así. ¡Qué seguridad encierran los misterios divinos, aunque los hombres, por no gustarlos, los profanen! (25-10-68)

922. ¡Qué realidad tan grande es la de Jesús en el sagrario! ¡Qué solo está, y qué misterio tan vivo es para el hombre que a Él se acerca y le apercibe!
(25-10-68)

923. Jesús está en la Eucaristía para llevarnos a todos con Él al seno del Padre; pero nosotros ni le escuchamos, ni le recibimos y así le defraudamos, no llenando el plan divino. (16-10-67)

924. Señor, te olvidaron los hombres... ¡Están tan ocupados, tan llenos de cosas...! ¡No hay mayor desprecio que no hacer aprecio del bien recibido! (1-5-77)

925. El Amor eterno que muere por amor en donación amorosa y se perpetúa, a través de la liturgia en la Iglesia, haciéndose Comida y Bebida, Prisionero y Mendigo, es respondido, la mayoría de las veces, por los que ama, con la despreciativa indiferencia del olvido. ¡Terrible ingratitud que taladra el alma de Cristo! (1-5-77)

926. ¡Cuánto duelen los olvidos inconscientes de los que amamos! Se olvidan, porque el corazón está en otras cosas. El que ama se experimenta cogido por la persona amada, en nostalgia amorosa. (1-5-77)

927. Jesús, ¿te sientes solo? ¿Te olvidaron los que amas? ¡Su inconsciencia los aletargó! Mas Tú esperas sin cansarte, sin marcharte, por si, en su olvido, volvieran a recordarte con nostalgias... (1-5-77)